

*DESCALZOS ANTE DIOS, DESCALZOS  
CON EL PUEBLO  
III ENCUENTRO NACIONAL DE VIDA  
RELIGIOSA JOVEN.*

Manuel Ogalla, CMF

*Manuel Ogalla, CMF, es un joven Misionero Claretiano, que estuvo bastante implicado en la organización del encuentro de Granada. Nació en 1983, ha hecho su primera profesión en 2005 y ahora está terminando en Madrid sus estudios de Teología.*

*Para entender bien este artículo, publicado en la revista Vida Religiosa, número 3/vol. 105, marzo 2008, conviene tener en cuenta que los religiosos y religiosas jóvenes españoles han ido celebrando varios encuentros en los últimos años. Uno en Barcelona, en 2003; otro en Valencia en 2005 y éste de Granada (2007).*

*Original en español*

**D**os años después de experimentar la locura de la Cruz, quitándonos armaduras y caretas en el marco de una Valencia convertida en castillo medieval, la Vida Religiosa Joven que comparte vida y misión en España, volvió a reunirse por tercera vez. En esta ocasión, el acontecimiento tuvo lugar entre el 6 y el 9 de diciembre del pasado 2007, disfrutando de la acogida cálida y cordial de la ciudad de Granada.

La conferencia inaugural, los quince talleres temáticos, las celebraciones y momentos comunitarios de oración, los proyectos solidarios que visitamos, la creatividad del arte y el humor en contacto con la hondura del mensaje, la variedad intercultural enlazada a través del ritmo y el compás..., todo fue hilvanándose bajo la experiencia vocacional de Moisés en el Horeb. Los blasones y candelabros del siglo XII, que estuvieron acompañándonos en Valencia, se habían convertido en una llama ardiente en la cima de la montaña.

Partiendo de un lema sencillo pero tremendamente sugerente (*Descalzos ante Dios, descalzos con el Pueblo*), unos ciento sesenta jóvenes apasionados por Cristo y por la humanidad compartimos nuestras inquietudes, dificultades, anhelos y esperanzas, intentando vislumbrar nuevas pistas sobre nuestra presencia profética en el mundo, sobre nuestra misión en la Iglesia y en la sociedad como Vida Religiosa Joven en los albores del s. XXI.

### ***Descalzos ante Dios...***

“Dios dijo a Moisés: No te acerques; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es tierra sagrada” (Ex 3,5).

La vida religiosa en general, pero especialmente los más jóvenes en ella, puede hallar en Moisés un icono iluminador de su ser y de su hacer. Por diferentes que puedan resultar los carismas y los estilos, un religioso comparte el mismo suelo firme que sostuvo las flaquezas del profeta de Madián. Y este suelo firme es únicamente el saberse envuelto por el Misterio inabarcable que se le manifestó en una zarza ardiente. La teofanía del Horeb provocó en Moisés el vértigo de experimentar la cercanía de un Dios que parecía distante. El proyecto liberador por antonomasia comenzó con la intimidad de un encuentro sorprendente.

Sin duda, aquí radica nuestro punto de partida, nuestro principio fundante, la preocupación última que posibilita posicionarnos ante la realidad que sale a nuestro paso. Nosotros, los jóvenes de la vida religiosa, compartimos con Moisés la posibilidad de mirar atrás y saborear que en el principio sólo aconteció el regalo del encuentro. Quizás, enfrente de nosotros no descubrimos una llamarada entre las zarzas, ni la cotidianidad de nuestros días es pastorear el rebaño de nuestro suegro, pero sí podemos afirmar que nuestra rutina se vio sobresaltada por la sorpresa de un Dios que se empeñó en conmovernos, casi sin permiso, los cimientos de nuestra tierra particular, haciéndola, por puro don, tierra sagrada.

El encuentro transformante con Dios es el que provoca en nosotros, como en Moisés, la necesidad existencial de *descalzarnos*. Porque descalzarse ante Dios supone reconocer la frialdad del suelo que pisamos, recordándonos nuestras indigencias y debilidades. Descalzarse ante Dios implica el despojarnos de nuestras ingenuas seguridades y mostrarnos, sin ambages, mendicantes de la Gracia...

Moisés se descalzó, se tapó la cara temeroso y reconoció su pequeñez, pero nunca imaginó la respuesta con la que Dios le seduciría del todo: “*Yo estoy contigo*”. Nuestro Dios se empeña en invitarnos a pasar a su ‘zapatería’, o lo que es lo mismo, calzarnos de su presencia constante. Una presencia en muchos momentos velada y casi oculta, pero también contundente e iluminadora. La Vida Religiosa Joven, ésta que ha experimentado el encuentro con Dios en lo ordinario del día a día, ésta que se ha descubierto descalza de seguridades y a la intemperie, es, al mismo tiempo, la que tiene la certeza de que Dios convierte la mudez en locuacidad, las muletas en trampolines, la pequeñez en grito profético, la frialdad en fuego que arde y abrasa.

De este modo quisimos vivirlo y transmitirlo en Granada. Los religiosos y religiosas que comenzamos la andadura de seguir a Cristo como consagrados no queremos ser relegados al perenne ‘banquillo de los inexpertos’, porque reconozcamos que aún nos falta mucho por crecer y aprender de quienes nos han

precedido en el camino de la fe; no somos superficiales activistas, porque queramos derrochar ganas de vivir; no escatimamos en amar con locura nuestra tradición y nuestro Instituto, porque apostemos por la novedad y el dinamismo vitalizador; no somos irrealistas o ignorantes, porque soñemos con una vida religiosa que, dejándose quemar por el fuego del Espíritu, otea el horizonte de nuevas propuestas y estilos... En el fondo, la vocación de la vida religiosa en general, y la más joven en particular, puede ser resumida con la misma experiencia fundante de Moisés: “Vivir descalzos ante Dios”.

### **...Descalzos con el Pueblo.**

“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores” (Ex 3,7).

El Dios ante el cual Moisés se descalzó no era, ni sigue siendo, un Dios aséptico y ajeno a la realidad concreta de los hombres y mujeres de nuestra desbocada sociedad. El Dios que provocó que Moisés quitara las sandalias de sus pies es el que oye y ve la opresión del pueblo. Es un Dios con entrañas maternas, que siente tan suyo el dolor de la gente que se vincula estrechamente a su situación, y lo hace hasta el punto de llamarlo: *mi* pueblo. Seguramente, Moisés no fuera ciego ni sordo, como tampoco lo somos nosotros, pero en el momento en que experimenta el mismo ver y oír de Dios su visión se vuelve diáfana y su oído se afina.

La misión que Dios encomendó a Moisés era bien clara: sacar a su pueblo de las fauces del poder opresor, romper la dinámica de injusticia estructural que está mermando la profunda identidad del pueblo, esto es, ser Pueblo de Dios y no pueblo del faraón. El Dios que sufre con el que sufre y llora con el que llora le pidió a Moisés que hiciera suya la realidad hiriente de los israelitas, que viviera descalzo con el pueblo.

Uno de los marcados acentos que rezumó durante todo el encuentro de Granada fue, tal y como hizo Moisés, el anhelo de oír y ver los *Egiptos* de la actualidad, abrir las puertas y las ventanas de cada comunidad y sentir que el otro es mi hermano, que me afecta y conmueve del mismo modo como la realidad de los israelitas conmovía las entrañas de Dios. Vivir descalzos con el pueblo, en su raíz más profunda y en su sentido más palpable, es calzarse los zapatos del otro, tomar partido en las luchas cotidianas de los vecinos. No hacen falta heroísmos aventurescos que rocen lo ‘snobista’. Ponerse el calzado del otro es atreverse a mirar a los ojos, salir de nuestros férreos esquemas y compartir una taza de café, aceptar el cruzar la fina línea que separa mi comodidad de tu preocupación...

Vivir descalzo ante Dios y con el Pueblo fue el *leit motiv* de aquel profeta de Madián que renunció a toda clase de privilegios y exclusivismos por participar de la misma suerte que su gente (Ex 32-34). Vivir descalzos ante Dios y

descalzos con el Pueblo es la llamada continua a la vida religiosa que le hace un Dios con rostro manchado, nombre propio e historia concreta.

A modo de conclusión o la misión de la Vida Religiosa Joven hoy

Vivir descalzos ante Dios y descalzos con el Pueblo es colmar el balbuceo de Moisés que, con sus palabras y acciones, iba prefigurando a quien se descalzaría del todo para calzarse plenamente la realidad del otro: Jesús. Por ello, la Vida Religiosa Joven, tanto los que estuvimos en Granada como los que no, anunciamos sin miedo, celebramos sin vergüenza, reconocemos sin máscaras ni armaduras, que nuestra esperanza se llama Cristo.

Si de algo tenemos que estar convencidos los jóvenes consagrados es de compartir el mismo punto de partida y el mismo fin.

Qué mayor plataforma de comunión que constatar, junto a Moisés, que en el principio de toda esta aventura de oír y ver con los sentidos de Dios tiene lugar el encuentro profundo y transformante con Él, conmoviendo los pilares de nuestra existencia hasta el punto de sabernos pequeños, mendicantes de su Gracia, descalzos. Al principio de nuestra vocación, por distinta que parezca, siempre está Dios llamándonos y lanzándonos a la misión.

Por tanto, si común es el principio, también lo es el final. La misión de transparentar que Cristo, el pleno Moisés, es nuestra mayor esperanza y se convierte hoy en el acicate para una verdadera comunión; la misión de creer en lo 'increíble' y esperar lo 'inesperable', pareciendo los bichos raros de nuestro entorno; la misión de saborear el silencio en medio del ruido y el escalofrío de alzar la voz cuando la cobardía impone silencio; la misión de atreverse a buscar, por todos los medios posibles, nuevos lenguajes y veredas para el anuncio profético; la misión de complicarnos la vida por el Reino, descalzándonos ante Dios y con el Pueblo; la misión de entrar en la zapatería de Dios y, paradójicamente, pedir calzarse los zapatos del otro... Ésta es la misión que nos une. Ésta es la misión que pone alas a nuestros pies. Ésta es la misión que compartimos en Granada y queremos seguir viviendo en cualquier rincón de nuestra geografía globalizada. Ésta es la misión de la Vida Consagrada, la misión de la Vida Religiosa Joven hoy.